



¿El arte por el arte o el arte ligado a lo social?

por Natalia Ciglietti

Babilonia. Una hora entre criados, de Armando Discépolo. Dirigida por Norberto Barruti. Con Gustavo Sala Espiell, Sonia Simó y Morena Pérez. En el taller de teatro de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Calle 10 Nro. 1076. Funciones: sábados 21 horas.



La libertad del arte o el arte inmerso en la lucha social son dos posiciones claramente antagónicas de las que se ha discutido hasta el cansancio, sin llegar a ningún puerto en común porque el hecho de plantearse de antemano una postura dualista no permite la salida del

dilema. No obstante, parece interesante traer a colación esta historia de luchas y debates a la actualidad, más aún cuando se retoman obras y dramaturgos atravesados por esta problemática, como es el caso, nada más y nada menos, que de Armando Discépolo y el aluvión de personajes, situaciones, anécdotas e historias, que desencadena sólo mencionar su nombre.

Por esto mismo, no es el objetivo ahondar en cuestiones históricas ampliamente estudiadas y conocidas sino poder convertirse en el puntapié para repensar los sentidos que adquieren hoy una de sus obras teatrales más conocidas, *Babilonia. Una hora entre criados*. Desde dónde se construye la escena y a qué público está dirigida, son cuestiones que no se resolverán ni pretenden resolverse aquí, pero resultan sugerentes para frenar la marcha entre tanta "ensalada fantástica", como dice el personaje napolitano Piccione, y replantearse qué está pasando del otro lado.

Babilonia. Una hora entre criados, estrenada en abril por la Asociación amigos del taller de teatro de la Universidad nacional de La Plata (UNLP), enriquece mucho más por las cuestiones que despierta implícitamente que por los impactos emocionales que intenta enfatizar la puesta en escena. A cargo de Barruti, conocido director en el ámbito platense, la puesta no sólo no sorprende por el hecho de estar íntimamente ligada con su obra anterior, *El conventillo de la paloma* de Alberto Vacarezza, sino que se empeña en destilar representaciones teñidas de melancolía, tragedia y angustia en su máxima potencia, lo que remite imágenes teatrales inverosímiles que alejan al público de la gravedad y la densidad de las problemáticas planteadas. La risa y la incomodidad devienen de estos peligrosos juegos, donde la música y la iluminación colaboran en generar un clima absurdo y disonante.

Estos deslices retoman las discusiones estéticas sobre cómo debe ser el llamado "arte para todos" bajo el cual se han encolumnado los estereotipos formales más rancios con la excusa de privilegiar el mensaje social. En este postulado cae, por momentos, Barruti creyendo que lo explícito es más efectivo y popular.

Pero como no son tiempos de luchas bilaterales o por lo menos no es a lo



que se apunta, no se pueden dejar de mencionar, los aciertos que revierten una unívoca mirada. La escenografía de Quique Cáceres, el vestuario y algunos personajes sugieren una búsqueda que supera la llanura comunicacional a la que se somete la puesta. A través de estos signos, se empiezan a iluminar los intersticios propios del arte, de la poética, esa capacidad de decir sin estar diciendo, de asignar sentido sin traducción es en los personajes de Cacerola -un napolitano que trabaja para los amos- en Carlota -una cocinera francesa- y en Piccione -el chef napolitano-, donde se esconden los vericuetos de la otra comunicación. La disposición espacial no representa el ambiente sino que lo presenta, lo desnuda, lo penetra mediante recursos sutiles pero con una carga simbólica densa. La diferenciación entre los de "arriba" que no se ven y los de "abajo" que están divididos en pequeños compartimientos trabajados como vitrinas invisibles, potencializa las miserias de los personajes, la podredumbre y la asfixia de una situación alienante e inhumana. La acumulación de objetos en una cocina compartida es también el rejunte, el cocolicho de aquello que queda excluido del discurso nacional.

La recopilación de una diversidad cultural no deseada por el poder dominante, la cosificación de los personajes y el "consuelo de los tontos" atraviesa la composición de la escenografía, del vestuario y de los personajes. Es el impacto que penetra en parsimoniosas dosis, pero invade y erosiona. Es el grotesco criollo de Discépolo que desgaja la "pureza" de la identidad nacional para rescatar las migas de la pretendida modernidad. Porque lo sustancioso de una política de la representación radica no sólo en tratar una problemática social, sino también en la forma bajo la cual se construye al otro mediante un relato que desafíe al público a reflexionar los márgenes de hoy.

 Comentarios

Dejar un comentario

Nombre

Email

Comentario



Última actualización:
11-10-2016 14:56:16

buscanos en facebook!



IUNA
Instituto Universitario Nacional del Arte
Azcuénaga 1129. C1115AAG
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
(54.11) 5777.1300

Área Transdepartamental
de Crítica de Artes
Bartolomé Mitre 1869
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
(54.11) 4371.7160 / 4371.5252

Las apreciaciones expresadas en los artículos publicados en ArteCríticas son de entera responsabilidad de cada autor. Esta publicación online no se hace responsable de ellas.